Benjamín Martín Sánchez
Cánonigo de la S. I. Catedral de Zamora

EL AUTENTICO CRISTIANO

Es el imitador de Cristo.
Los ejemplos expuestos te moverán a serlo.

Os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho. (Jn. 13,15)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18850/96
ISBN: 84-7770-298-5
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

INDICE

Presentación 4
¿QUIEN ES JESUCRISTO PARA NOSOTROS?
– Jesucristo es nuestro modelo. 7
– Santidad de Jesucristo...8
– Ejemplos referentes a la santidad. 10
– Voluntaria pobreza de Jesucristo. 13
– Ejemplos referentes a la pobreza. 15
– ¿Qué nos dice Jesucristo de la limosna? 19
– Ejemplos referentes a la limosna. 22
– Humildad de Jesucristo..27
– Ejemplos referentes a la humildad. 28
– Obedencia de Jesucristo. 33
– Ejemplos referentes a la obedencia. 35
– Bondad y amor de Jesucristo. 39
– Ejemplos referentes al amor de Jesucristo. 42
– Conviene siempre orar. 45
– Ejemplos sobre la oración. 48
– Paciencia de Jesucristo. 49
– Ejemplos referentes a la paciencia......................52
– Las pruebas de las tentaciones............................54
– Ejemplos referentes a las tentaciones. 56

– Creed en el Evangelio y predicadlo. 60
– Ejemplos sobre la Biblia. 63
– ¡Ay de vosotros los ricos! 67
– Ejemplos referentes a la riqueza. 70
– ¡Ay del mundo por los escándalos! 73
– Ejemplos referentes al escándalo. 75
– ¿Serán pocos los que se salvan? 78
– Ejemplos referentes a la salvación. 82
– Amad a vuestros enemigos. 84
– Pensamientos referentes al amor al prójimo. 86
– Yo soy el pan de vida... 88
– Ejemplos referentes a la Eucaristía. 92
– Dios te salve María, llena de gracia... 96
– Ejemplos referentes a la Virgen María. 98
– Con el sudor de tu rostro comerás el pan... 103
– Ejemplos referentes al trabajo. 105
– El por qué del dolor. 107
– Ejemplos referentes al dolor. 110
– La Pasión de N. Señor Jesucristo. 113
– Ejemplos referentes a la Pasión de Cristo. 114
– El hombre no piensa que se
acerca la muerte... 117
– Pensamientos referentes a la muerte. 119
– Vuestra recompensa es grande en el cielo. 121
– Ejemplos referentes al cielo. 124

Presentación

Un verdadero artista no pinta nunca de memoria, siempre tiene delante un modelo. Nosotros también necesitamos un modelo para saber cómo debemos vivir acá abajo en la tierra, y este modelo no es otro que Jesucristo, porque vino precisamente a este mundo para darnos ejemplo de vida, pues Él es el que se nos ha revelado como el ejemplar de toda santidad, modelo perfectísimo de vida divina y sobrenatural, y, por lo mismo, deber nuestro es imitarle, es decir, ser copiadores de su imagen hasta la perfección, porque Él quiere que aprendamos de Él y sigamos su ejemplo.

Jesucristo es Dios y es hombre. Como Dios que es, no le podemos imitar en aquellos atributos que le son exclusivos, como son la eternidad, la omniscencia, la omnipresencia, la inmensidad, etc.; pero si debemos imitar aquellas propiedades que en nosotros forman el «carácter» y que en Dios sirven de modelo a nuestro esfuerzo moral: su santidad, su justicia, amor, bondad, suavidad, paciencia, misericordia, liberalidad, fidelidad, veracidad...

San Pablo dice: «Sed imitadores de Dios» (Ef. 5,1), y a esto diremos que Dios es inimitable en su perfección, porque es ideal más elevado; pero podemos imitarle según nuestra medida, en cuanto nos es posible.

A Dios le podemos imitar en magnimidad y humildad, con fidelidad y constancia, con la mirada fija en Cristo, que nos ha mostrado el camino de la perfección, y aunque ahora no vive personalmente en medio de nosotros, tenemos su espíritu, su ejemplo, su Evangelio en el que se nos revelan los rasgos de su vida.

Todos los santos son admirables y ejemplares, porque tuvieron por modelo a Cristo del que fueron copiadores, y a veces fueron imitadores de otros santos por haber visto en ellos la práctica de las virtudes, quienes las copiaron del mismo Cristo. Así vemos que Juan Bermans, Don Bosco, San Gabriel de la Dolorosa y otros se santificaron tomando por modelo a San Luis Gonzaga. Los ejemplos arrastran.

Siendo Jesucristo nuestro modelo, empezaré hablando de su santidad en general y luego de todas sus virtudes, en las que debemos imitarle a semejanza de los santos, y a continuación de cada una de ellas iré exponiendo una serie de ejemplos que pueden estimularnos a seguir a Jesucristo por el camino de la santidad.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 15 enero 1996

¿QUIEN ES JESUCRISTO PARA NOSOTROS?

Jesucristo es nuestro modelo

Empecemos viendo quién es Jesucristo para nosotros los cristianos. Para nosotros es Maestro, Camino que lleva al Padre, Salvador, pero no hemos de olvidar que Él quiere ser nuestro Modelo. Y nosotros «en vano nos llamaremos cristianos, sino somos imitadores de Cristo» (S. León M.25,6).

Dios se dignó tomar cuerpo humano, es decir, aparecer como hombre en medio de nosotros en su propia persona elevado ejemplo de vida.

Textos bíblicos: *«Ejemplos os he dado para que así como yo he hecho con vosotros, lo hagáis también vosotros» (Jn. 15,13). Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Jn. 8,12). «Si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16,24). «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tuviereis amor unos a otros» (Jn 13,35). «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pasos» (2 Ped. 2,21).*

El camino de la santidad es difícil de andar porque es camino de cruz, pero si bien lo observamos éste fue el de Jesucristo y el de los santos.

Tenemos, pues, que imitar a Cristo, pero ¿cómo hemos de imitarle? San Francisco de Asís en su Regla habla de «seguir la doctrina y las huellas de nues-

tro Señor Jesucristo», de «aficionarnos a sus palabras, a su vida y a su santo Evangelio», de «observar el Evangelio santo de Cristo».

Para imitar, pues, a Cristo, debemos tomar como principio y fundamento el texto evangélico, sus narraciones, las palabras pronunciadas por Cristo y allí consignadas y meditarlas minuciosamente con el fin de conformar nuestra vida con la del divino modelo, imitando cuanto podamos los ejemplos que nuestro Señor nos dejó en el curso de su vida mortal entre nosotros. A este fin hemos de procurar pensar como Él, querer y amar lo que Él quería y amaba.

Santidad de Jesucristo

Todos los que convivieron con Jesucristo, como fueron sus discípulos y amigos, que le siguieron paso a paso, quedaron prendados de su pureza y santidad y no descubrieron en Él una sola imperfección.

También sus enemigos, los que no estaban predispuestos en su favor, los que le hacían preguntas capciosas para ver si le sorprendían en algo para poderle acusar, no pudieron encontrar en Jesús falta alguna, y sólo Él pudo decirles: «*¿Quién de vosotros me convencerá de pecado*?» (Jn. 8, 46), y a este reto ninguno de ellos se atrevió a echarle en cara nada, por más que le odiasen.

Judas, que de amigo se convierte en enemigo, exclamó antes de morir, consciente de su crimen: «*He vendido la sangre inocente*» (Mt. 27,4). Los extraños,

amigos y enemigos, todos dieron testimonio de la inocencia de Jesús: Pilato dijo: «*Yo no hallo delito alguno en este hombre*» (Jn. 19,4). El buen ladrón: «*Nosotros ciertamente padecemos por nuestros pecados, pero Éste ningún mal ha hecho*» (Lc. 23,41). El centurión al pie de la cruz, cuando espiró Jesús» «*Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios*» (Mc. 15,39).

Jesús era santo, sin pecado alguno, sin una sola mancha, pasó completamente puro sobre la tierra «*haciendo bien a todos*» (Hech. 10,38).

Textos bíblicos: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8,46). «Sabéis que pareció para quitar el pecado y que en Él no hay pecado» (1 Jn. 3,5). «Y tal convenía que fuese nuestros Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos» (Heb. 7,26). «Yo soy el Señor, Dios vuestro; sed santos, porque yo soy santo» (Lev. 11,44). «No eres tu un Dios que ame la iniquidad, ni será tu huesped el impío. No pueden los insensatos estar ante tus ojos; odias a todos los obradores de la iniquidad. Das a la perdición al mentiroso; al sanguinario, al fraudulento, los abomina Dios» (Sal. 5,5-7). Nadie es santo como lo es el Señor (1 Sam. 2,2).*

Jesucristo forzosamente es el Santo de los santos, y no podía ser menos, pues como Dios, es la santidad por esencia, la santidad increada e infinita, y como hombre, es santísimo, no sólo por la gracia infusa en su alma, sino también por la unión de la gracia hipostática, en cuya virtud la plenitud de la

Divinidad y de la santidad habita en Él corporalmente como nos dice el apóstol (Col. 2,9).

Jesucristo es el Dios humanado, el Cordero sin mancha, que vino a quitar los pecados del mundo y traer una vida santa a la tierra, y ofreció su vida en el Calvario para el perdón a todos, y Él fue el que se vengó de sus enemigos con la caridad y el perdón al decir desde la cruz: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*» (Lc. 23,34), «y luego resucitó para nunca más morir» (Rom. 6,9), demostrando así que Él era Dios y Dios misericordioso, y para nuestro consuelo dijo: «*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt. 28,20). Y Él que es santo nos exhorta a serlo: «*Sed santos...*»

1

Ejemplos referentes a la santidad

Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, estaba postrado en el lecho de muerte. Su hermana pensó: «Antes de que Tomás muera, quiero preguntarle algo», y le dijo: – Tomás, ¿qué es lo principal, qué debo hacer para alcanzar la santidad?

– Contestóle el santo: Lo principal es tener grandes deseos de alcanzarla, es decir, querer de veras ser santa, y a este fin imitar a Jesucristo practicando las virtudes que Él nos enseña.

2

San Franciso de Asís pedía un medio fácil y segu-

ro para llegar a la santidad, y oyó una voz que le dijo: «Abre el misal». Abrió el misal y sus ojos toparon con aquellas palabras: «*Pasión de N. Señor Jesucristo...*»

La meditación de la pasión de Jesús es el medio más excelente para llegar a la santidad.

3

¡Cuántas veces os habéis preguntado eso!: ¿Qué haré yo para llegar a la santidad? ¿Dónde encontraré ese camino seguro, que encontraron otros hombres, débiles como yo, y que los llevó a las alturas maravillosas de la perfección? Escuchad:

Un día Margarita de Hungría hablaba con su confesor, el padre Marcelo, hombre lleno de prudencia y virtud. El religioso le confesó que había pedido largo tiempo a Dios, por medio de fervientes oraciones, la respuesta a eso que vosotros preguntáis: que le diera a conocer por qué camino habían llegado los antiguos a tan gran santidad.

Y una noche, despertando de pronto, vio un libro escrito con letras de oro y oyó una voz que le decía: «¡Hermano, levántate y lee!». Marcelo se levantó y leyó estas palabras: «El camino de la perfección de los antiguos padres fue el siguiente: Amar a Dios, despreciarse a si mismo y no despreciar ni juzgar a nadie».

Margarita aprendió la lección. Tomó como norma de su vida estas palabras, y el cumplirlas la llevó al altar.

¿No podrían ser también la norma de la vuestra?

Probad a ponerlas por obra: Amar a Dios, despreciarse a sí mismo y no despreciar ni juzgar a nadie.

4

En el siglo IV, un sabio de celebridad mundial, pero de vida pecadora, vislumbró un día el justo modo de cotizar valores y estimar más el alma que cualquier otra cosa. Y exclamó: «Han podido hacerlo éstos y aquellos, y tu, con tu ciencia, ¿por qué no podrás?». Esta frase hizo santo al gran San Agustín de Tagaste.

En el siglo XVI, un soldado ambicioso estaba herido; y en su lecho hojeó el Evangelio y las vidas de algunos santos. «Si ellos pudieron, ¿no podría yo hacerlo?

¿Y yo, hijo del siglo XX? ¿No podría llegar a tener mi alma en más estima que cualquier otra cosa y emprender el camino de la santidad e imitar a tantos otros que se hicieron santos con la práctica de las virtudes cristianas?

5

Los ojos santos traspasan el corazón pecador. Los dos siguientes ejemplos lo comprueban.

Conrado de Parzham tenía una mirada admirable. «Su mirada» cuenta un sacerdote «es inolvidable para mi. Aunque hayan pasado ya 37 años desde que me miró, no puedo olvidar esa mirada». Esa mirada producía algunas veces el mismo efecto que la del Salvador al mirar a Pedro.

Un religioso cuenta: «Un día estaba yo sentado en

el confesionario, en la antigua iglesia de Santa Ana de Altötting. Entró un joven desaliñado, y lloró amargamente. No podía proferir una sola palabra de tanto sollozar. Solamente al preguntarle yo con amor: «¿Qué te pasa?», me contestó: «Soy el pecador más grande del mundo». «Y cómo has venido ahora al confesionario».

Él contestó: «He pedido de limosna un poco de pan, allá en la puerta, al viejo capuchino, y él me ha mirado, y me ha atravesado con la mirada». Se confesó con tal contrición como pocas veces suele suceder».

6

En cierta ocasión un caballero, algún tanto curioso, acompañado de un Abad fue a ver a la monja *Lutgarda* (m. 1246 en Aywières, Bélgica). El caballero se azoraba todas las veces que le miraba aquella virgen consagrada a Dios. El Abad le preguntó al volver a casa: «Ya habéis visto a esa santa mujer, ¿qué opinaís de ella?». El caballero le contestó: «Sí, la he visto. Pero ¡qué mirada, qué ojos! Confieso que me daba la impresión de que eran los ojos de Dios que me examinaban. De puro susto y horror a mis pecados estaba completamente fuera de mi. No deseo más que una cosa: librarme de mis pecados por su intercesión y lograr por la gracia de Dios no volver a caer».

Voluntaria pobreza de Jesucristo

El apóstol San Pablo nos dice: «*Tened en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús, que*

siendo Dios, se anonadó a sí mismo tomando naturaleza de siervo, se hizo semejante a los hombres» (Fil. 2,5-7). Jesucristo por quien fueron hechas todas las cosas del mundo y pudo nacer en un palacio, nos dio un ejemplo admirable de amor a la pobreza, y así vemos en el Evangelio que nadie nació tan pobre como el Niño Redentor. El Señor viene al mundo en un establo ajeno, sin otra ayuda y otros servicios que los de su Santísima Madre, y cuanto ofrece la tierra al Niño Divino es un pesebre.

Jesucristo nace pobre, vive pobre y muere pobre. Él lo quiso así... Como si hubiera querido decirnos: Quiero daros ejemplo, para que de hoy en adelante no temáis la pobreza. La pobreza no os hace pobres y la riqueza no os enriquece. ¡Quiero haceros ricos mediante mi *amor*! No debemos tener apego a las cosas de este mundo, porque aquí lo hemos de dejar todo a la hora de la muerte. Estamos destinados al cielo, el cual hemos de comprar con el desprendimiento. «*Teniendo lo necesario para comer y vestir, con esto estemos contentos*» (1 Tim. 6,8).

Textos bíblicos: *«Entonces se le llegó un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt. 8,19-20). «Conocéis bien la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, se hizo pobre por vosotros a fin de que vosotros os enriquezcáis con su pobreza» (2 Cor. 8,9). «Bienaven-*

turados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt. 5,3). «Si quieres ser perfecto, anda, vende después cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, ven después y sígueme» (Mt. 19,21). «No temas, hijo; somos pobres, pero rico serás si temes a Dios y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato» (Tob. 4,21).

Jesucristo dijo: «*Bienaventurados los pobres en el espíritu*», y ¿quiénes son los pobres? Pobres son los que carecen de los bienes necesarios para la vida y una relativa comodidad del cuerpo. «Una mujer descalza que llama a nuestra puerta, un hombre macilento, sin fuerzas para trabajar, enfermo de pura debilidad, que nos pide pan, unos niños abandonados, que no tienen hogar. Estos son los pobres». Pobres en el espíritu son los humildes, porque no tienen el espíritu hinchado: les falta la opulencia del vanidoso, del soberbio, del que cree poder dominarlo todo. También son pobres los que, siendo ricos, no viven apegados a las riquezas, y saben hacer con ellas limosnas e irlas repartiendo según las necesidades que viere...

1

Ejemplos referentes a la pobreza

Cuando el Papa Gregorio IX visitó a Santa *Clara* en su Convento de Asís y vio la extrema pobreza que allí se practicaba, se ofreció a mitigar el rigor del voto, mas la santa le contestó: «Padre Santo, no de-

seo ser dispensada en toda la eternidad de la imitación perfecta de Cristo».

2

El testamento de San Pio X es corto: «Nací pobre, he vivido en pobreza y quiero morir en pobreza. Suplico a la Santa Sede que pague mensualmente 300 liras a mis hermanas. No quiero que se me embalsame».

3

Seis meses antes de su muerte *Francisco de Asís*, rogó a su capellán, fray Benito de Proto, que trajera pergamino, plumas y tinta, y como no tenía bienes materiales que dejar a sus hermanos de la Orden, le dijo: «Escribe que bendigo a todos los hermanos míos que están ahora en la Orden o que ingresen en ella hasta el fin de los tiempos. Y como señal de que han recibido mi bendición, y para memoria mía, déjoles este testamento, diciéndoles que siempre han de amarse recíprocamente como yo los he amado y los amo; que sin cesar honren y amen a nuestra patrona, Dama Pobreza, y que constantemente se mantengan fieles y obedientes a los clérigos y prelados de nuestra santa Madre Iglesia».

4

Micer Jacobo Benedetti, notario, se casó en 1277 con Juana de los Condes de *Coldimezzo*. Un día en una fiesta, se hundió un palco y Juana fue

la única, entre las muchas personas que allí estaban, que quedó gravemente herida. Al levantarla el marido, se percató por primera vez de un cilicio que llevaba sobre la carne; la mujer murió, y Micer Jacobo murió para el mundo. De sabio se convirtió en loco; de rico, en pobre; de doctor en ignorante; de noble en andrajoso; de redactor de contratos, en poeta de la pobreza... Se convirtió en *Fray Jacopone de Tedi.*

5

En ocasión de hallarse Licurgo, rey y legislador de Esparta, ausente de su país, consultánronle los lacedemonios sobre los medios más eficaces para rechazar a sus enemigos: «Seréis invencibles, les escribió Licurgo, si os mantenéis pobres y unidos».

6

En el año 1721, San Pablo de la Cruz, de paso para Roma, recibió un pan de regalo, fue a una fuente a comérselo tranquilamente. Mas apenas había tomado algunos sorbos de agua, se le acercó un pobre que le extendió la mano suplicándole una caridad. Pablo, que estaba más necesitado que él, sin atender a su necesidad, dijo:

Hermano, hagamos a medias. Partió en dos el pan y ofreció una parte al pobrecito, quien feliz, se alejó bendiciéndole.

7

Al lavar y besar los pies a un pobre enfermo, *Juan de Dios* vio en cada uno de los enfermos las adorables cicatrices de las llagas de Jesucristo, y oyo como el Señor le decía: «*Cuanto haces a los pobres a mi me lo haces*».

8

El prefecto de la ciudad durante la persecución valeriana, el año 257, exigió de *Lorenzo* que entregase los tesoros de la Iglesia. El diácono señaló un día y condujo al prefecto al atrio de su iglesia; allí estaban reunidos los pobres de la comunidad. Mostrándolos dijo: «Mira, estos son los tesoros de la comunidad cristiana».

9

Un día llegó San Francisco con Fray Maseo a un pueblo y tenían mucha hambre. Para poder saciarla, mendigaron por el camino un poco de pan, se reunieron junto a una fuente a las afueras del pueblo y pusieron todo lo que habían recogido sobre una ancha piedra. San Francisco exclamó de repente:

– ¡Oh, fray Maseo, no somos dignos de gran tesoro!

Y así repetía una y otra vez. Fray Maseo movió extrañado la cabeza en señal de disconformidad, y dijo: Padre, ¿cómo puedes hablar de un tesoro si nos faltan las cosas más necesarias? No tenemos mantel, ni cuchillo, ni tajo, ni platos. Entonces, dijo, lleno de

júbilo, el santo:

– Lo que yo estimo un tesoro es que no tenemos aquí cosas hechas por mano de hombres, sino lo que nos ha preparado la divina Providencia. Desde toda la eternidad sabía Dios que íbamos a llegar aquí cansados y hambrientos, y por eso hizo crecer este árbol para que nos refrescase con su sombra. Y él mismo nos preparó como mesa esta hermosa piedra ancha, y para que pudiéramos apagar nuestra sed hizo brotar este fresco manantial. ¡Oh Fray Maseo, que bueno es nuestro Dios!

Y lágrimas de emoción brotaban de sus ojos, los cuales iban a empapar el duro pan, que saboreaba agradecido.

San Francisco de Asís es uno de los santos más grandes amantes de la pobreza.

10

Juan de Dios hubo de ir de madrugada a buscar agua para abastecer en Granada el hospital que había hecho para los pobres. Al volver encontró las camas hechas, la casa barrida, la vajilla limpia, cortado el pan, todo en el mejor orden. Quedó maravillado sobre todo al oir el relato de los pobres que le dijeron que le vieron a él mismo hacer todos aquellos menesteres. Juan de Dios exclamó: «Bendito sea Dios, hermanos míos; porque en verdad Él ama mucho a sus pobres, pues envía a sus mismos ángeles para servirles».

El mismo Juan de Dios hacia las nueve de la noche salía y pasaba por las calles y plazas de Granada, pidiendo para sus pobres y diciendo en alta voz: «Hermanos, haced bien a vosotros mismos», y es que lo que se hace en bien de los pobres redunda en beneficio propio.

¿Qué nos dice Jesucristo de la limosna?

Jesucristo nos dice de qué modo hemos de hacer la limosna, y en la Santa Biblia se nos habla con frecuencia de su valor. ¿Y qué entendemos por limosna? *Los Santos Padres* de la Iglesia encarecen con tanto ardor la limosna, subyugados por el motivo de caridad que la inspira y apóstoles del desasimiento que la acompaña, tan enamorados están de ella y tanto quieren verla practicada, que con frecuencia hablan de limosna *espiritual*, y dan el nombre de limosna a la oración que se haga por el prójimo.

Para muchos de los Santos Padres es limosna toda ayuda que se presta a otro por motivo de caridad, sea solicitada o no tal ayuda, sea material o espiritual, préstese dando algún bien o sólo pidiendo como en la oración.

Santo Tomás dedica toda una cuestión de la Suma Teológica a la limosna y siempre la identifica con las obras de misericordia. La limosna es, pues, una de las obras de misericordia.

Textos bíblicos: *Cuando hagas limosnas, dice Jesucristo, no toques la trompeta delante de ti, como los*

hipócritas hacen en las sinagogas y en las esquinas para que los hombres los alaben. En verdad os digo que ya recibieron su paga. Cuando tu hagas limosna no sepa tu mano izquierda qué hace tu derecha, de modo que quede tu limosna en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará» (Mt. 6,2-4).

Según tus facultades haz limosna, y no se vayan los ojos tras lo que des. No apartas el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti. Si abundares en bienes, haz de ellos limosna; y si estos fueren escasos, según esa tu escasez no temas hacerla... (Tob. 4,7-8). Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo en limosna... (Tob. 4,16). Mejor es dar limosna que acumular tesoro, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado (Tob. 12,8-9).

El que da al pobre no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28,27).

Los Santos Padres hablan claramente del tema de la limosna. He aquí algunas de sus sentencias:

– San Agustín: «Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo» (In Ps.147).

– ¿Creeis que Dios es injusto por haber repartido con desigualdad en el mundo lo necesario para la vida, y por qué el uno es rico y el otro pobre? Sabed que Dios lo arregló así para que el uno pudiese recibir la recompensa de su liberalidad y fiel adminis-

tración, y el otro fuese coronado en premio de su paciencia (San Basilio in ditesc. sent. 15).

– Leemos en la Escritura: No digas al pobre que te pide limosna, mañana te daré. Si Dios no pude sufrir que digáis al pobre, mañana te daré, ¿cómo sufrirá que le digáis, no quiero darle? Propiamente hablando, no dáis al necesitado lo que es vuestro, sino lo que es suyo. Los bienes que estáis usurpando para vosotros solos, los ha dado Dios para el uso común de los hombres (S. Ambrosio, de Nab., c. 12, sent. 34).

1

Ejemplos referentes a la limosna

Cuando Isabel de Hungría daba limosna a los pobres, decía a todos:

– Dad también vosotros limosnas. –¿Y cómo, si no tenemos dinero?

– No está a nuestro alcance poder abrir siempre la bolsa, pero sí no cerrar nunca nuestro corazón. Aun cuando no tengamos dinero, tenemos corazón para compadecer a los necesitados, ojos para verlos, pies para visitarlos, boca para animarlos y consolarlos...

2

Enrique IV, yendo un día de caza, sintió una sed abrasadora y, perdido en un tupido bosque, vino a llamar a la puerta de una cabaña y pidió algo que apagar su sed. El aldeano, sin conocerle, cogió el único melocotón que pendía del árbol para dárselo.

Algún tiempo después volvió el rey a la cabaña con sus vestidos reales y colmó de larguezas al que había sido tan generoso con él.

Así es Dios: no se deja vencer en generosidad y paga con creces todo el dinero que se emplea en servirle a Él.

3

Fue un día el condestable de Chatillón a oir Misa, y, cuando más abstraido estaba en sus oraciones, un pobre se acercó a pedirle limosna. El condestable sacó unas monedas de oro sin contarlas y las dio al pobre... Éste soprendido de tan generosa dádiva, creyó que no podía conservar en su poder aquella cantidad. Y, al ver salir al señor, le dijo:

– Señor, aquí tiene usted lo que me ha dado, sin duda se ha equivocado.

El condestable, conmovido por la sinceridad del pobre, le replicó: Es cierto que me he equivocado; pero, pues, que has tenido la rectitud de devolvérmelo, yo tendré la generosidad de obsequiártelo.

4

San Juan, el Limosnero, era tan compasivo, que sentía y lloraba más las miserias ajenas que las propias. De aquí nacía aquella largueza de su caridad, que llenó el mundo. No se contentaba con dar lo suyo, sino que buscaba amigos y hombres piadosos que le ayudaran. Nadie llegó a él que no recibiese limosna

y consuelo, y no supo necesidad que no aliviase. Se ponía muchas veces a la puerta de su iglesia esperando a quien viniere a exponerle sus necesidades.

Un día no vino nadie a pedirle limosna, por lo que se marchó triste y lloroso. Viéndole tan afligido, un amigo suyo le preguntó qué le pasaba. El santo contestó: «Hoy el miserable Juan no ha recibido merced de nadie».

¡Qué admirablemente entendía este santo la caridad! La limosna no es un don que hacemos a los pobres, es un don que los pobres nos hacen a nosotros para que con ella podamos redimir nuestros pecados.

5

Son palabras de un político conocido:

«Recuerdo que alguien me rogó que fuese más cristiano y que invocase más a Dios en mis discursos y en mi actividad pública. Quiero dejar en estos apuntes la respuesta que le dí, porque me he propuesto ser sincero en todo:

«Es cierto lo que usted dice: Yo no invoco a Dios muy frecuentemente. La verdad es que no quiero complicar a Dios en los posibles errores de mis opiniones y de mi actividad personal. Pero quiero a Cristo mucho más de lo que usted cree; yo le quiero en los desaventurados. ¿Acaso no dijo Él que estaría en los pobres, en los enfermos, en los que tuvieran hambre...?

Creo firmemente que el primer mandamiento es el de amor. El mismo Cristo dijo que nadie ama más

que el que da la vida por sus amigos. Si alguna vez molesto a Dios es para eso; para que me ayude a dar la vida por mis obreros...».

Todos debemos tener presente que Dios en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los pobres, como dijo Él mismo:«*Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*».

6

En Inglaterra se acogió con gran caridad el pueblo francés desterrado por la revolución. Un lord inglés encontró a un sacerdote cuyo porte anunciaba una honrosa pobreza. El inglés de propósito, tomó la delantera y, con disimulo, dejó caer de su bolsillo cien guineas. El eclesiástico las recogió y se apresuró a devolvérselas.

– No, monseñor, dijo el lord; quedaos con ellas, no han caido de mi bolsillo, ¡han caido de más alto!

Haced así la caridad, con esta delicadeza, sin la cual no se concibe el amor.

7

¿Creeis que es caridad tropezar con un pobre que os importuna, meter con indiferencia la mano en el bolsillo y darle, para que os deje en paz, una moneda? ¿Creeis que el pobre no tiene corazón como vosotros? Una sonrisa, un apretón de manos, una palabra cariñosa: eso vale a veces más que todas las mo-

nedas del mundo. Oid un hecho rigurosamente histórico:

Tendido en una esquina, un mendigo paralítico imploraba una limosna a los transeuntes mostrando su miseria. Pasó por allí un caballero y le vio. En seguida metió la mano en el bolsillo y se encontró con que no llevaba encima ni una sola moneda. Entonces con voz amable dijo:

– Hermano mío, quisiera darle algo, pero, por mi mala suerte, no llevo un céntimo. Se llenaron de lágrimas los ojos del mendigo, que contestó:

– Gracias, señor; me ha dado usted con sus palabras más que una limosna. ¡Hace tanto tiempo que en mi desgraciada vida nadie me ha llamado hermano!

8

Respondió un día el obispo de Segovia, don Pedro de Castro, a cierto corregidor que le suplicaba minorase sus limosnas, porque andaba la ciudad, con su mucha largueza, llena de holgazanes:

– Señor corregidor: a vuestra merced toca la parte de justicia y a mi la de misericordia.

9

Un pobre hombre muy mal vestido pidió limosna a una piadosa dama, la cual dijo a una de sus criadas: Dale una camisa.

La criada le dio una de las más bastas y rotas.

– Dale otra mejor, dijo la dama, ¡qué confusión

sentiría el día del juicio si Jesucristo mostrase a todo el mundo una prenda tan vieja y rota!

10

De Franklin se cuenta que, como un señor fuera a pedirle cierto día 25 dólares, él se los dio con esta condición: que cuando ya no los necesitase, buscara a otro necesitado y bueno y se los diera con la misma condición de seguir prestándolos a otro.

11

He aquí un pensamiento de los Padres de la Iglesia: «La limosna posee en cierta manera la virtud del bautismo; porque así como el agua apaga el fuego, de un modo análogo la limosna extingue el pecado» (S. León M.s. 20,3).

Si tenéis muchos hijos a quienes asistir, cuenta uno más, dando también alguna cosa a Jesucristo (S. Agustín, Ps. 103, sent. 147).

Humildad de Jesucristo

«Cristo, dice San Agustín, nos enseñó la humildad, por aquello de que un Dios es hombre. Esta humildad desagrada a los paganos; por esto nos insultan diciendo: ¿Qué Dios adoráis?, ¿un Dios que ha nacido? ¿Qué Dios adoráis?, ¿un Dios que fue crucificado? La humildad de Cristo desagrada a los orgullosos. Mas si te gusta a ti, oh cristiano, imítala» (In Ps. 93,15).

Jesucristo baja por humildad al seno de una virgen;

nace en un establo, lleva una vida penosa, humilde y oculta durante treinta años, y muere en un infame patíbulo en medio de ladrones y tratado como un malvado... ¡Cuántas sublimes lecciones de profundísima humildad nos ha dado Jesucristo desde su encarnación hasta que expiró en la cruz!... Toda su vida fue humilde...

Textos bíblicos: *«Jesucristo, siendo Dios, se anonadó a si mismo tomando la naturaleza de siervo, hecho semejante a los demás hombres, y reducido a la condición de hombre. Se humilló así mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil. 2,6-8). «He aquí que viene a ti tu Rey, justo y victorioso, humilde, montado en un asno...» (Zac. 9,9). «Le vimos despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer...» (Is. 53,2-3). «Yo no busco mi gloria... Si yo me glorificare a mi mismo, mi gloria nada sería; mi Padre es quien me glorifica, del cual decís: Es nuestro Dios» (Jn. 8,54). «El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado» (Lc. 14,11).*

Los verdaderos humildes han de seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz para merecer luego ser compañeros de gloria (LG. 41). Y ¿qué es humildad? El filósofo Balmes dijo: «Humildad es el conocimiento claro de lo que somos sin añadir ni quitar nada». Y San Agustín dijo: «Toda tu humildad consiste en que te conozcas a ti mismo», y según Santa Teresa: La humildad es «andar en la verdad». Y la verdad es que no tenemos nada bueno de

nuestra parte, somos hechura de Dios. Yo no me puedo comparar con otros, porque todos somos átomos de la nada: «*Todas las naciones de la tierra son como una gota de agua... como un polvillo en la balanza...*» (Is. 40,25-28). Y si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?

No hay humildad sin mansedumbre y olvido de sí. La humildad es la virtud de las almas grandes. Si tuviéramos un solo átomo de humildad, soportaríamos gozosos las contrariedades, los olvidos y cualquier otra falta. ¿Acaso no tienen los demás que soportar las nuestras? «El que bien se conoce tiénese por vil y no se deleita en alabanzas ajenas» (Kempis).

1

Ejemplos referentes a la humildad

Una señora devota se quejó un día al Padre Libermann (m. 1852) de una humillación que hubo de sufrir injustamente.

El Padre le contestó con suavidad: «Nuestro Señor hubo de humillarse mucho más esta mañana en la sagrada Comunión al entrar en el corazón de usted».

2

Casimiro, el joven príncipe polaco (m. 1484), al ser reprochado por demasiado bueno y suave para con los pobres y por darles cuantiosas limosnas dijo: Estoy muy lejos de ser un Rey como Jesucristo, el Rey del cielo y de la tierra, quien, a pesar de todo,

bajó de las alturas del cielo y trató con amor al más grande de los pecadores. Por tanto no puede ser motivo de vergüenza para mi el servir a los pobres y mostrarme afable con ellos».

3

En la primera página de su cuaderno de notas íntimas que data de 1887, después de haber escrito el texto de San Juan: «*Padre, glorificad a vuestro Hijo*», *Dom Columba Marmión* copia las letanías de la humildad. «Rogad por mi, decía a menudo; tengo miedo de ser uno de esos postes que señalan el camino a los demás, sin que me mueva yo del sitio».

4

Isabel de Hungría, se quitó en la iglesia, ante la cruz del Señor, el aro de oro que ceñía sus sienes, y que era el adorno propio de su rango de reina. Por ello la reprendió su suegra, mas ella le respondió:

«Cristo, nuestro Señor, fue coronado con corona de espinas. ¿Cómo, pues, he de arrodillarme yo ante su imagen con corona de oro? No sería digno».

5

Poco después de su conversión, la famosa artista Eva Lavallière escribió: «¿Quién soy yo? Un gusano. ¿Cómo me llamo? ¡Eso! Eso es lo que habéis ido a buscar, oh Jesús mío! ¡Por eso habéis, muerto! ¡Misterio de amor! ¡Cómo quisiera amaros oh Dios mio¡».

Y a continuación redactó una carta de amor y reconocimiento a Jesús, que termina con estas palabras: «¡Oh Jesús, todo mi ser clama por vuestro amor como el hambriento por un trozo de pan! ¡Oh mi amor, permitidme que bese el rostro de vuestras divinas plantas con los labios de mi corazón!» Y firma: ...¡Eso!

Uno ha escrito: «La noción del mal y su remedio es la mejor medida para medir la profundidad de una doctrina religiosa».

6

Jorge Washington, hijo preclaro de Estados Unidos, siendo joven oficial, tuvo un fuerte altercado con un compañero suyo; él fue quien empezó la riña, mas el otro le dio un golpe tan fuerte, que Washington cayó desplomado en el suelo.

Pero Washington, al día siguente, fue al compañero y le dijo: «Errar es cosa humana. Yo fui ayer injusto contigo. Pero tu recibiste ya satisfacción. Si lo juzgas suficiente y te parece bien, seamos de nuevo amigos. Aquí tienes mi mano...» y permanecieron amigos hasta la muerte.

7

En la carpeta de trabajo del ex-ministro de la Guerra de la Argentina, general Manuel A. Rodríguez, cuya muerte ocurrió el 23 de febrero de 1936, se hallaron estas máximas, escritas por su mano. Cada una de ellas encierra una norma de humildad y de fe. Dicen:

Silenciosamente, realizar buenas obras.
Silenciosamente, amar a Dios y a los hombres.
Silenciosamente, cumplir con su deber.
Silenciosamente, aceptar la voluntad de Dios.
Silenciosamente, alegrarse con los demás.
Silenciosamente, callar los defectos ajenos.
Silenciosamente, desear y aspirar en silencio.
Silenciosamente, abrazar la cruz de Jesús.
Silenciosamente, sacrificarse y renunciar.
Silenciosamente, mirar hacia la patria celestial.
Silenciosamente alcanzar la virtud, y hasta la muerte.

8

Cierto día Turena, renombrado general francés, arrodillado entre la muchedumbre de fieles, se preparaba para comulgar:

Levantóse y avanzó con los ojos bajos hacia el altar. Uno de sus domésticos, sin percatarse de ello, caminaba delante de él. Advertido el pobre hombre, acercóse a su dueño diciéndole por lo bajo:

– Pasad. Turena miró y reconoció a su palafrenero, al que respondió sonriendo: –Amigo mio, no hay más que un Señor, al que vamos a recibir. Ve delante de mi.

¡Cuanta fe suponen estas palabras! Porque muchos ni en la iglesia deponen sus humos, y olvidan al Rey de reyes y Señor de los señores.

9

En América, una brigada de hombres, bajo las ór-

denes de un cabo, trabaja vigorosamente en descargar un vagón de madera. Eran pocos hombres para aquel trabajo, y cuando, después de un rato de contemplarles, un transeunte dirigió unas palabras al cabo, éste refunfuñó de que mandar hacer a seis hombres un trabajo que requería diez.

–¿Por qué, pues, no arrima usted también el hombro?, preguntó el forastero. – ¿Yo? dijo el otro indignado; yo soy el cabo.

El forastero no dijo nada, pero se quitó la americana y se puso a trabajar para llevar a término la descarga. Cuando estuvo terminada, se puso de nuevo la americana y prosiguió su camino.

Más tarde el cabo se enteró de que el ayudante voluntario no había sido otro que Washington, presidente de Estados Unidos.

Así es como los verdaderamente grandes siguen el ejemplo de nuestro Señor y realizan trabajos que los pequeños hombres conceptúan inferiores a su dignidad.

10

Mientras San Canuto, rey de Dinamarca, se paseaba en cierta ocasión por las orillas del mar, uno de sus cortesanos le dijo, adulándole, que él era el señor más poderoso, el soberano de los hombres, del mar y de la tierra.

El humilde rey se puso entonces a la orilla del agua y dijo: «¡Ola!, te ordeno que no toques mis pies!». Pero la ola le tocó los pies. «¿Cómo podéis

llamarme el rey más poderoso, cuando ni una pequeña ola me obedece? Dios es el rey más poderoso, el Rey de cielos y tierra. Adorémosle a Él.

11

Una monja creía ser de las más humildes del convento, pero todas las semanas recibía este consejo del confesor: «Hermana, sea usted más humilde».

La monja se sentía herida en su orgullo, y decidió pedir al confesor que probara su humildad. El confesor aceptó, y durante la conversación preguntó el nombre de la hermana que le cosía los calcetines.

– Yo misma, padre, respondió la hermana.

– Pues están muy mal cosidos, replicó el confesor. Entonces la hermana comenzó a exclamarse, diciendo que ella sabía lo que se hacía, que los hombres no entendían de costura y que nunca nadie se había quejado de sus trabajos. Entonces el confesor recordó la apuesta y preguntó a la hermana:

– ¿No decía usted que era la más humilde de la comunidad?

Obediencia de Jesucristo

El Concilio Vaticano II en el Decreto de «Perfectae caritatis» (14) dice: «Por la profesión de la obediencia, los religiosos ofrecen a Dios como sacrificio de si mismos, la plena entrega de su voluntad, teniendo presente el ejemplo de Cristo que vino a cumplir la voluntad de su Padre, se someten con fe a sus supe-

riores, que hacen las veces de Dios».

Jesucristo nos dio ejemplo de una obediencia humillante, dolorosa y redentora; pues vino a hacer la voluntad del Padre y tomó forma de siervo, siendo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

La obediencia de Jesús fue una obediencia heroica y perseverante hasta la muerte, pues aceptó la muerte por ser redentora de los hombres a los que había venido a salvar, y porque tal era el designio de Dios: «Así como por la desobediencia del primer Adán, entró la muerte en el mundo, así por la obediencia del segundo Adán, «hasta la muerte», tenía que volver nuevamente la *vida*, la vida divina de la gracia. Jesús con su obediencia al Padre quiso expiar la desobediencia del mundo.

Textos bíblicos: *Jesucristo, dice el Evangelio, «fue sujeto a sus padres», es decir, fue obediente a José y a María (Lc. 2,51), y dijo: «Yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn. 6,38). Este es el mandamiento que recibí de mi Padre (Jn. 10,18). «La obediencia vale más que los sacrificios» (1 Sam. 15,22). «Hijos obedeced a vuestros padres con la mira puesta en el Señor, porque es ésta una cosa justa» (Ef. 6,1). «Siervos obedeced a vuestros amos temporales con temor y respeto... Mujeres estar sujetas a vuestros maridos como conviene en el Señor» (Col. 3,18-19). «Resistir a la autoridad es resistir a la voluntad de Dios...»*

Obediencia es una virtud por la que nos sometemos a lo que mandan los que nos gobiernan. «¿Qué hizo Jesucristo en medio de nosotros, dice el santo Venerable Beda, sino obedecer para manifestarnos la necesidad de la obediencia?» (Collectan.). «Los mejores superiores y súbditos son los que mandan y obedecen por amor». «Superior que no sabe sufrir, no sabe mandar» (Gar-Mar).

Los inferiores deben ver en sus superiores a Jesucristo... Sea Dios, o el hombre representante de Dios, el que nos comunica una orden cualquiera, hemos de obedecer con igual cuidado y respeto. En todo lo que no se opone visiblemente a Dios, debemos dar oido como a Dios mismo a aquel que para nosotros ocupe el lugar de Dios» (S. Bernardo Serm. in Fest. omn. Sanct.)

La obediencia para que sea perfecta, ha de ser sobrenatural, es decir, ver en el superior a Dios a quien representa, pues resistir a su autoridad es resistir a Dios (Rom. 13,1-2).

Causas de la desobediencia: suelen ser la soberbia, el excesivo amor propio, el creerse suficiente o más superior que el mismo superior, esto es, la poca humildad que tenemos.

1
Ejemplos referentes a la obediencia

Al santo Abad *Arsenio* le fue revelado que en más estimó Cristo morir en la cruz por obediencia, que

cuantas buenas obras había hecho en su vida.

2

San Gregorio, antes de ser Papa, estando con Hugón (su Superior), vio que todo lo que le había de mandar se lo decía primero Cristo al oido; y dijo Gregorio: «Verdaderamente quien obedece a los Superiores, obedece a Cristo, y quien menosprecia la obediencia, a Cristo menosprecia».

3

Hacía largos años que el Beato *Sebastián Valfré* del Oratorio de Turín experimentaba un deseo creciente de ir a Roma para fines piadosos, cuando se ofreció una ocasión oportuna para el viaje. Pidió licencia al Superior, que no sólo se la concedió, más aún, le instó a ponerla luego en ejecución haciéndole varios encargos para la Ciudad eterna.

Despedido de los Padres, se dirigió al río en compañía del P. Genesio Carriatore, y he aquí que en el mismo momento en que iba a salir la embarcación, le entrega éste un billete del P. Prepósito para leerlo en aquella hora y decía así: «P. Valfré, leidas estas pocas líneas vuélvase a la Congregación no pensando más en el viaje a Roma».

Leido el billete, el P. Sebastián tomó la ropa, y saliendo inmediatamente del barco dijo al compañero: «Vamos a casa que el viaje a Roma está ya concluido prósperamente».

4

Un día de Semana Santa se encontraba *San Pablo de la Cruz* en su iglesia parroquial de Castellazzo asistiendo a los divinos oficios.

Estaba absorto en profunda oración cuando, al oir cantar las palabras del apóstol: «*Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*», se sintió inundado de tan intensos sentimientos de asombro y amor, que, como fuera de sí, se puso a repetir: «*Jesús obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*»; «¿y por qué no he de ser yo también obediente?»

Y transportado por un divino fervor, hizo al momento voto de obediencia por amor a Dios a sus superiores, a los mayores y a cualquier otro, siempre que no se le mandase nada contra la ley del Señor; voto que guardó con admirable fidelidad hasta la muerte.

5

Arago, el astrónomo de fama mundial, dio una conferencia en el Collège de France acerca de las leyes de astronomía.

«La semana próxima, dijo, habrá un eclipse solar. La luna entra en conjunción con el sol e impide que llegue a la tierra la luz solar. Por lo tanto, tal día, a tal hora, a tal minuto, a tal segundo, tres grandes cuerpos siderales obedecerán no a nuestros propósitos, sino al mandato de Dios. Los hombres son los únicos que no le obedecen.

6

No se puede leer sin lágrimas la gravísima pena que sintió el P. Cesar *Baronio* cuando fue nombrado por el mismo Clemente VIII Pro-notario Apostólico, y mucho más cuando poco después fue electo Cardenal. Quiso intentar su fuga de Roma; pero le fue disuadida por los Padres como cosa inútil y difícil de emprender en su edad. Recurrió a Dios con oraciones; hizo voto de visitar descalzo las siete iglesias, si el Señor le libraba de aquel peligro; y postrándose después a los pies del Papa, además de los ruegos, de las lágrimas y argumentos, le protestó delante de Dios todos los daños que iban a seguirse a la Santa Iglesia por su promoción; porque los herejes, según decía, tomarían ocasión de desacreditar los Anales eclesiásticos compuestos por él, y calumniarnos diciendo que el Autor, no por celo de la verdad, sino por obtener la sagrada púrpura había escrito en favor de la Iglesia Romana.

Puso en consideración de Su Santidad que si era hecho Cardenal, por las ocupaciones anexas a tal dignidad no podría proseguir la Historia Eclesiástica que tanto deseaba el mismo Papa. Mas éste con severo aspecto, le respondió brevemente que lo había reflexionado todo con madurez, y añadió: «Os mandamos con autoridad Apostólica que obedezcáis y calléis, bajo pena de excomunión si no lo hacéis así». Con lo que fue ya preciso obedecer.

7

Cuando fue condenado el libro de *Fenelón*, éste no alegó ignorancia. El mismo día de la Anunciación, en el que se enteró por su hermano de la condenación de su libro, subió al púlpito y predicó acerca de la sumisión que se debe a la Iglesia y a las órdenes de los superiores.

«En cuanto a mi, escribirá catorce años después al Papa Clemente XI (el antiguo Cardenal Albani), tan pronto como supe que mi libro había sido condenado en Roma, me apresuré a adherirme absolutamente a este decreto; me anticipé a todos los obispos de Francia y a mis mismos adversarios en la condenación de mi obra. La forma (del breve) mal adaptada a las costumbres del parlamento no me ha impedido repudiar mi libro espontáneamente y obedecer al Vicario de Cristo. No quise hacer distinción entre el hecho y el derecho sino que poniendo de lado toda excepción y toda distinción, mi voluntad fue condenar todo el contexto del libro, repitiendo las condenaciones del Padre Santo».

A un emisario de Dom Getberon, que se le ofreció como apologista de sus *Maximes*, Fénelon había respondido: «Preferiría morir antes que defender directa o indirectamente un libro que he condenado sin restricción desde el fondo de mi corazón por docilidad a la Santa Sede».

Bondad y amor de Jesucristo

Sorprende la bondad y el amor de Jesucristo al considerar todo lo que ha hecho y sufrido por nosotros... Como dice Santo Tomás, «Jesucristo es compañero nuestro naciendo; en la comida se entrega a si mismo por alimento; muere para rescatarnos, y se da a sí mismo como recompensa en su gloria» (Hin. Offic. SS. Sacram.).

El motivo de nuestra existencia no es otro que el amor de Dios, pues Él es eternamente feliz, dichoso en si mismo y no necesita de nada. Como dice San Juan «Dios es amor» (1 Jn. 4,8). «Nosotros existimos porque Dios es bueno y nos ama» (S. Agustín), y como dice San Ireneo: «Dios ha creado las cosas de este mundo, no porque tuviese necesidad de ellas, sino para verter sobre las mismas sus beneficios» (Adv. Haer, 4).

Jesucristo, en su vida mortal, en sus recorridos por Tierra Santa, el Israel de hoy, dio muestras de infinita bondad y amor a todos. Cuando sus apóstoles querían hacer caer el fuego del cielo sobre una ciudad que no había querido recibirle. Señor, le dijeron: *¿Queréis que mandemos que baje fuego del cielo y los abrase a todos*? Y volviéndose hacia ellos, les reprendió diciendo: *No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas* (Lc. 9,54-56).

«*Venid a Mi*, dice aquel Dios de bondad, *venid a mi los que estáis agobiados bajo el peso del trabajo, y yo os aliviaré*» (Mt. 11,28).

Ved su bondad por la Samaritana, la mujer adúltera y Magdalena; ved a su bondad en la parábola del buen Pastor que lleva la oveja perdida sobre los hombros, del caritativo Samaritano, del Padre del hijo pródigo, etc.

Judas le hizo traición, dándole un beso; y sin embargo Jesucristo le llama con el dulce nombre de amigo. Perdonó a Pedro que le negó tres veces. Dio su gracia al buen Ladrón, que se la pedía. Sus enemigos gritaban desde el pie de la cruz: «*Que le crucifiquen*», y Él clamaba desde lo alto de la cruz: *Padre, perdónalos...* Murió de amor por nosotros, que éramos enemigos suyos... El amor de Jesucristo hacia los hombres es incomprensible, principalmente en la cruz y en el santo Sacramento del Altar...

Textos bíblicos: *Nadie puede tener amor más grande que el que da la vida por sus amigos... Como mi Padre me amó, así Yo os he amado; permaneced en mi amor (Jn. 15,9 y 13). Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn. 3,16). Dios probó su amor hacia nosotros en que siendo pecadores murió Cristo por nosotros... siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom. 5,8-10). Me amó y se entregó a la muerte por mi (Gál. 2,20). Habiendo Jesús amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (instituyendo la Eucaristía) (Jn. 13,1).*

Si Dios nos ama, nuestro deber es corresponder a su amor. Si Cristo murió por nosotros también nosotros hemos de morir al pecado y corresponder a su amor como Él quiere: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento*» (Mt. 22,37).

«Cuando Dios, movido por su infinito amor hacia el hombre, se hizo hombre, quiso sentir como el hombre y por ello, tomando un corazón de carne semejante al nuestro, lo hizo palpitar al influjo de un amor infinito, constituyéndolo órgano de sus misericordias. Es el suyo un corazón de hombre abrasado por el amor de un Dios» (Torres y Bages).

Cada uno es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios... Amando a Dios asciendes; amando al siglo, te hundes. Todo amor o sube o baja: Con el buen amor subimos a Dios, con el mal amor caemos en el despeñadero... El amor al mundo contamina; el amor al autor del mundo purifica el alma... Antes que exitieras, Dios pensó en ti; pues si no pensara en ti no hubieras existido, y ahora que existes, no se olvida de ti (San Agustín Conf. y de Civit.).

El amor es fuerte como la muerte, porque el amor mata y hace desaparecer todos los pecados. Se muere para los vicios cuando se ama a Dios (San Ambrosio. In Ps. 118. Serm. 15).

1

Ejemplos referentes al amor de Jesucristo

M.M. Alacoque dice: Hallándome una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava recibí de mi Dios gracias extraordinarias de su amor, y me sentí movida por el deseo de corresponderle en alguna manera devolviéndole amor por amor, y Él me dijo: «Tu no me lo puedes devolver mayor que haciendo lo que tantas veces te he pedido». Entonces, descubriéndome su divino Corazón, me dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha perdonado nada, llegando hasta agotarse y consumirse, para testimoniarles su amor, y en recompensa no recibo de la mayor parte de ellos sino ingratitudes... Pero lo más sensible para mi es que obren de este modo corazones que me están consagrados»...

2

Un viernes del Corazón de Jesús, a las seis de la tarde. Un joven empleado de correos va a la casa rectoral y suplica al párroco que le dé la sagrada Comunión. «¿Comunión? le pregunta el cura, ¿no sabe usted que no se puede comulgar sin estar en ayunas?» «Lo se». Ya es tarde, pero yo estoy todavía en ayunas» (Este caso fue en la antigua legislación eclesiástica).

Y el empleado cuenta el caso. Estuvo de servicio, viajando toda la noche y todo el día. Desde los ocho años de edad no había dejado de comulgar ni una sola vez el primer viernes de mes, y tampoco quería

faltar esta vez.

Con simpatía y emoción le pregunta el párroco: «¿No sintió usted la tentación de romper el ayuno, con el calor que hace?». «Si, hubo algunas horas bochornosas, pero para evitar un descuido, eché por la ventanilla del tren el agua de la botella». Después de comulgar dio las gracias unos diez minutos.

Luego hablando con el párroco, le dijo: Hoy día lo que necesitamos ante todo para resistir a la tentación y permanecer fieles al Señor, es la gracia de Dios. Y ahí está la duodécima promesa del Sagrado Corazón, la que tanto necesito viajando en el tren, es a saber, que estará conmigo en la hora de la muerte. Y también nuestra buena Madre nos ha inculcado que comulguemos el primer sábado de cada mes».

3

A un estudiante de quince años de edad empezó a dolerle una pierna. Llamaron al médico y éste, con gran espanto de los padres, descubrió las caries de los huesos. No queda otro remedio que amputar la pierna, dijo el médico.

–No, no, exclamó el enfermo, prefiero morir. Durante semanas y semanas le suplicaron, pero la respuesta es siempre la misma. «No y no».

Un día su padre se arrodilló ante su cama y le dijo: Hijo mío, te suplico, ya que no quieres hacerlo por tí, que lo hagas por amor a tu padre.

El joven miró un momento a su padre en profun-

do silencio, y después le tendió la mano: Sí, padre mío: por amor a ti. Que el doctor haga conmigo lo que quiera.

Joven amado, todas las veces que la caries, la carcoma del pecado roa tu alma, piensa en tu Padre celestial, en tu Salvador, que no se arrodilla a la vera de tu cama, sino que está pendiente de la cruz, en el Calvario, y te dice: Hijo mío, déjate curar, limpia tu alma de todo pecado, confiésate bien; sino por tí, hazlo por lo menos por amor a mi, que quiero tu salvación.

4

Un joven católico vivía lejos de sus familiares, en Londres, y empezó a descuidar mucho los deberes de su religión. Todas las mañanas, al ir al trabajo, pasaba por delante de una capilla protestante en cuyo exterior solía haber un letrero impreso. En una de las ocasiones el letrero decía así: «Si Dios te hubiese amado lo mismo que tu le amas a Él, ¿dónde estarías?».

El primer día lo leyó sin reflexionar mucho sobre la frase. El segundo día se dijo a sí mismo: «¡Caramba!, hubiera sido terrible». El tercer día tomó la resolución de cumplir con la Misa del domingo y la comunión mensual.

«*Amemos, pues, a Dios, puesto que Él nos ha amado primero*» (1 Jn. 4,19). «*Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Unigénito para que todos seamos salvos por Él*» (Jn. 3,16-17). «*En Él tenemos la redención y la remisión de los pecados*» (Col. 1,13-14).

Conviene siempre orar

Esto es lo que nos dice Jesucristo, que es necesario siempre orar y no desfallecer, y orar es hablar con Dios, tratar íntimamente con Él, alabarle, suplicarle, pedirle perdón por nuestras culpas, pedirle bienes y darle gracias por los beneficios que de Él hemos recibido...

Jesús oró y nos enseñó a orar. El oró al entrar en el mundo (Heb. 10,5s), en el bautismo (Lc. 3,21), antes de la elección de los apóstoles (Mt. 11,25), al instituir la Eucaristía (Mt. 26,26), y oró en la soledad (Mc. 1,35; Lc. 5,16); en el monte durante la noche (Mt. 14,23), antes de los grandes milagros, en la resurrección de Lázaro, en el Huerto de los Olivos, en la cruz, y... Y el oraba no precisamente porque lo necesitaba, sino para enseñarnos a nosotros a orar en todas las circunstancias que nos halláramos y en todos los momentos difíciles...

Y nos enseñó a nosotros a orar, al enseñarnos el «Padre nuestro...» lo primero que nos enseñó es a llamar a Dios «nuestro Padre»... y a veces repetía para que lo tuviéramos siempre presente: «*Uno sólo es vuestro Padre, el cual está en los cielos*» (Mt. 23,9); «*Bien sabe vuestro Padre lo que necesitáis*» (Mt. 6,8), y a sus apóstoles les dijo: «*El mismo Padre os ama*» (Jn. 16,27).

Y San Juan conmovido nos dice: «*Mirad que tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto*» (1 Jn. 3,1)

Dios nos ama y está deseando que vivamos en comunicación con Él y le pidamos con fe cuanto necesitamos, pero debemos hacerlo con atención, con humildad, confianza y perseverancia.

Textos bíblicos: *Es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc. 18,1). Pedid y recibiréis... (Jn. 16,24). Si pidiereis alguna cosa en mi nombre, Yo la haré (Jn. 14,14). Mucho vale la oración perseverante del justo (Sant. 5,16). Todo cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis (Mt. 21,22). En verdad os digo que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en el cielo. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18,19-20). Velad y orad para no caer en la tentación... (Mt. 26,41). Rogad al dueño de la mies para que envíe operarios a sus mies (Mt. 9,38). Perseverad en la oración... (Cil. 4,2). Orad sin intermisión (1 Tes. 5,17). Quiero que los hombres oren en todo lugar... (1 Tim. 2,8). Orad por vuestros enemigos... (Mt. 5).*

He aquí lo que algunos Santos Padres dicen de la oración: «La oración es dirigir la palabra de Dios. «Cuando lees (la Sagrada Escritura) Dios te habla; cuando oras hablas tu a Dios» (S. Agustín in Ps. 85).

– «Oras sin intermisión si tu oración no se reduce a meras palabras, sino que todo el método de tu vida es conforme a la divina voluntad, de tal modo que puede y

merezca tu vida llamarse una continua oración... El que se porta bien ora sin cesar; su vida es una continua oración (San Basilio Homil. in Martyr. Julitam. sent. 5).

– «El varón espiritual en todo lugar hará oración, pero sin dar a entender que ora: hace oración cuando camina, cuando descansa, cuando habla, cuando lee y en todo cuanto ejecuta con deliberada intención; cuando él no haga más que pensar en Dios en lo secreto de su corazón, y enviarle de él afectuosos suspiros, está bien cierto de que Dios está pronto para oirle, aun antes de concluir su oración» (S. Clemente, lib. 7, sent. 18).

– La oración es para el alma lo que el agua para el pez, lo que el sol para la naturaleza, lo que el aire para los pulmones... Puede ser que me digáis: ¿En qué consiste que pidiendo yo a Dios cosas espirituales no me las concede? Eso es porque no lo pides con fervor; es porque os habéis hecho indignos de recibirlas o porque habéis dejado de suplicar antes de tiempo (os faltan las condiciones de la oración: atención, humildad, confianza y perseverancia) (S. Crisóstomo. Homil. 24, sent. 51).

1

Ejemplos sobre la oración

Lo primero que hizo *Manning* en Londres, al tomar posesión del arzobispado de Westminster, fue fundar un convento de Carmelitas de Santa Teresa, con clausura y sin educandas. «Vivimos, decía, en

una época de lucha, predicamos, escribimos y peleamos, pero no oramos u oramos poco. Para eso necesitamos a las carmelitas que tengan siempre las manos levantadas al cielo como Moisés en el monte».

2

De Santa Teresa de Jesús son estas palabras: «Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos no las puede mandar que así son: que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que puedan entrar dentro de sí... Y con ser de natural tan rico y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio» (Moradas primeras, 1,6).

3

Haydn, gran compositor y católico práctico, recapituló de la siguiente manera su programa de vida antes de morir: En mi vida hice lo mismo que en mis composiciones. Empezaba con Dios y terminaba con un ¡Alabado sea Dios!. El pensamiento de Dios es el hilo de oro que atravesó toda mi vida. Ahora quiero terminarla con un «¡alabado sea Dios!».

Un día este gran músico le preguntó un compañero cuál era el secreto para poder seguir trabajando a su edad avanzada, después de una vida tan laboriosa como había tenido. Y él le contestó: En mi casa ten-

go un pequeño oratorio, y, cuando me siento abatido, acudo allí, me postro ante el crucifijo y rezo, y siempre, después de la oración, me siento ágil para volver al trabajo.

Nota: En otro de mis libros, titulado «Ejemplos sobre la oración» pueden verse otros muchos sobre este tema, y por eso no añado aquí otros más.

Paciencia de Jesucristo

Jesucristo nos da un gran ejemplo de paciencia durante su vida, paciencia admirable y constante especialmente durante su pasión. ¿Qué cosa más dulce y paciente que las ovejas y corderos? Por más que les hagáis daño, jamás se quejan: por eso comparan los profetas el Salvador a esos dos emblemas de paciencia y de dulzura. Hablando el profeta Isaías de Jesucristo dice: «*Fue sacrificado porque quiso y no ha desplegado los labios, como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores*» (53,7). Viendo Juan el Bautista que Jesucristo se le acercaba, exclamó: «*He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Jn. 1,29).

Y San Pablo nos dice que *sufridas con paciencia las tribulaciones momentáneas de la tierra son para nosotros, de una manera sublime, un eterno peso de gloria* (2 4,17).

En la Biblia se nos narran figuras de modelos de paciencia, como son el santo Job, Tobías, y paciencia con otros la tenemos en José con sus hermanos,

en Moisés con su pueblo, en David con Saúl y en Pablo con los judíos.

Texto bíblicos: *Con paciencia salvaréis vuestras almas (Lc. 21,19). Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios. A esto habéis sido llamados, porque Cristo ha sufrido por vosotros, dejandoos un ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 Ped. 2,20-21). Tened, pues paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Tomad por modelo de tolerancia y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. Sabéis la paciencia de Job, el fin que el Señor le otorgó, porque el Señor es compasivo y misericordioso (Sant. 5,8-11). El Señor pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3,9). Mejor que el fuerte es el paciente, y el que sabe dominarse vale más que el conquistador de una ciudad (Prov. 16,32). El justo no se entristece por ningún suceso (Prov. 12,21).*

La paciencia es aquella virtud por la que sufrimos con ecuanimidad los males de esta vida, sin turbarnos o intranquilizarnos interiormente, ni pronunciando exteriormente palabras o ademanes menos decorosos o convenientes.

Dios ha sido el primero en sufrirnos y tener paciencia y mucha misericordia con nosotros, «a su misericordia debemos el no haber perecido».

Jesucristo nos dio un ejemplo magnífico en su pasión, guardando silencio ante los que le acusaban in-

justamente, y si contestó a los que le dieron una bofetada, lo hizo con aquellas mesuradas palabras: «*Si he hablado mal demuestra en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?*» (Jn. 18,23).

Se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer brillantes acciones... El hombre será dueño de su alma con la paciencia, porque esta virtud destruye completamente las pasiones que nos hacen desgraciados, como la tristeza, la ira, la envidia, la venganza, etc., pasiones que destruyen el alma (Santo Tomás, 2,2. q. 136. art. 2).

«Dais prueba de gran virtud, si no respondéis a una ofensa con otra ofensa: manifestáis una gran fuerza de alma, si perdonáis al ser ofendidos; y adquirís una gran gloria si perdonáis al enemigo a quien pudieráis dañar» (S. Isidoro Lib. Sent.).

«Hijo mio, procura adquirir la paciencia, porque es la más grande virtud del alma; adquiérela para llegar pronto a la cima de la perfección. La paciencia es el remedio soberano del alma, al paso que la impaciencia es el veneno del corazón» (S. Basilio, adv. a su hijo esp.).

Para evitar la desunión es necesario perseverar en la dulzura, guardar silencio, transigir un poco y apoyarnos en la prudencia y delicadeza, dejando pasar un poco de tiempo para poder hablar luego con calma. En la reprensión hay que saber mantener la autoridad y la dulzura.

1

Ejemplos referentes a la paciencia

Un sabio naturalista de Ginebra estuvo midiendo durante veintidós años la presión del aire. Un día entró en la casa una nueva criada que empezó su trabajo haciendo una «gran limpieza» en el gabinete de estudios. Llegó el sabio y preguntó a la muchacha:

– ¿Dónde están los papeles que tenía aquí, debajo del barómetro?

– Estos señor, estaban tan sucios que los he quemado. Pero los he cambiado por otros completamente limpios.

Pues bien, piensa qué harías tu en semejante caso... ¿Qué más dijo él? Cruzó los brazos. Por un momento pudo adivinarse la tempestad que rugía; mas luego añadió con sosiego: Has destruido el trabajo de veintidós años. De hoy en adelante no has de tocar nada de este cuarto.

2

La colaboradora de San Vicente de Paúl en la fundación de las Hermanas de la caridad fue la señorita Legras. Cierto día hubo de cuidar en el hospital a uno, un turco, a quien la enfermedad había vuelto irascible en extremo. Cuando el mal aminoró el enfermo pudo tomar un huevo, más airado porque sólo le permitían tomar uno, lo hechó con rabia a la cara de la señorita. Limpiándose, fue ésta en busca de otro huevo, que no tuvo

mejor suerte que el precedente, amenizado ello con groseros insultos.

Mas la señorita Legras le dice en tono dulce y suplicante:

– ¿Por qué hace esto? Usted me es querido como un hermano. – ¿Pero quién es usted? No es una mujer, es un ángel –exclamó entonces conmovido el turco– ¿quién le ha enseñado a tratar así a una fiera como yo?

La señorita descubrió el crucifijo que llevaba en su pecho, y le dijo: Este es mi Maestro Jesús, el que enseña la lección de la paciencia con todos.

Y el enfermo reconoció esta gran virtud. – Debe proceder de Dios una religión que enseña tanta virtud!

3

El ciego *Salvanieschi* escribe: Así, con mis ojos ciegos, después de haber visto las señales y veredas, las heridas y encrucijadas de los otros, he tenido frecuentemente vergüenza de ser probado de manera demasiado suave. Mas he inclinado la cabeza casi con orgullo de haber puesto yo también mi moneda de cobre en el tesoro del mundo. De día en día en estos diez años me he dado cuenta de que aquella monedita podía convertirse en un capital de paciencia y de renunciamiento... Jesucristo, después de decir: *Bienaventurados los que sufren*... añadió: *Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo* (Mt. 5,12).

Las pruebas de las tentaciones

En el Evangelio leemos que *Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para que el demonio le tentase* (Mt. 4,1). Jesucristo quiso ser tentado para enseñarnos a resistir a las tentaciones, y convencernos de que hemos de ser experimentados para salvarnos y para enseñaros que la tentación no es un pecado, sino su consentimiento. «Cristo, dice San Agustín, fue tentado para que el cristiano no fuese vencido por el tentador, y vencedor Jesucristo, fuésemos nosotros también vencedores» (In Ps. 90).

«Nuestra vida en este destierro no puede pasar sin tentaciones, porque nuestro adelanto espiritual se verifica por la tentación; no podemos conocernos sino por la tentación; no podemos ser coronados sin haber vencido; no podemos vencer sin combate, y no podemos combatir sin enemigos ni tentaciones» (S. Agustín In Ps. 60).

«Todo el infierno junto no puede hacernos caer en la tentación, cuando nuestra voluntad está fuerte y constante en no consentir» (S. Pablo de la Cruz).

Textos bíblicos: *Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mt. 4,1). No es nuestro Pontífice tal que no puede compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado (Heb. 4,15). Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación... pues como en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres gratos a Dios se*

prueban en el crisol de la tribulación (Eclo. 2,1 y 5).

No os ha sobrevenido tentación que no fuere humana, y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito, para que podáis resistirla (1 Cor. 10,13). Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después que fuere probado recibirá la corona de la vida que Dios ha preparado a los que le aman (Sant. 1,12). Dios prueba a los elegidos como el oro en el crisol (Sab. 3,6). Vigilad y orad para que entréis en la tentación (Mt. 26,41). No nos dejes caer en la tentación... (Mt. 6,9).

La tentación es una incitación al mal, es decir, todo lo que solicita al hombre al pecado. Las tentaciones se suceden unas a otras. La tentación comprende también las aflicciones, las tribulaciones y las pruebas... La prosperidad es también una tentación peligrosa; la elevación, el honor y la alabanza son tentaciones terribles... Hay tentaciones del demonio, del mundo y de la carne...

Cuando adelantamos en la virtud los espíritus malos, siempre llenos de cruel envidia contra los que practican el bien, tratan de tentarnos más (S. Greg. M. Lib. 29 Moral)

¿Cómo hemos de conducirnos en la tentación?

1) *Antes de la tentación.* Nuestro deber es «esperarla», porque de seguro vendrá, pero «no buscarla», por «el que ama el peligro en él perecerá» (Eclo. 3, 27).

2) *Durante la tentación.* No demos oido al tenta-

dor, como lo hizo Eva. Velar sobre la voluntad, Si no consentimos, no hay pecado.

3) *Después de la tentación.* En caso de derrota, no acobardarse, comenzar de nuevo... y en caso de victoria, no enorgullecerse, dar gracias a Dios... El diablo seguirá tentando. Para triunfar necesitamos orar, o sea, la gracia de Dios y nuestra cooperación.

1

Ejemplos referentes a las tentaciones

El conocido episodio de José, el hijo de Jacob (gén. 39,7-20) nos pone de manifiesto cómo hemos de apartar las tentaciones.

José no discutió con la mujer de Putifar, que le incitaba al pecado y le cogía por el manto, sino que «huyó y salió de la casa». El mejor remedio para evitar la tentación es huir ante el peligro y evitar la ocasión.

2

Se cuenta del célebre doctor de la Iglesia santo Tomás de Aquino (m. 1274) que cuando era muy joven aún tomó la resolución de entrar en la Orden de los Dominicos, mas encontró obstáculo en sus propios padres, los cuales para apartarle de su propósito, le encerraron en la torre de un castillo.

Después (ved aquí el arte del diablo) le enviaron a una mujer para que con sus lisonjas le indujera al mal. Tomás recordó al instante el dicho del Espíritu Santo:

«*Los que huyeren se salvarán*» (Ez. 7,16), y trató de huir..., pero la torre se hallaba cerrada por todas partes. Entonces cogió de la chimenea un tizón encendido y con él obligó a la desvergonzada mujer a huir... Tomás tenía entonces 16 años de edad. Así temen, y así se libran de las malas compañías los santos.

3

En Praga (Bohemia), la mañana de una fiesta se encaminaba a la iglesia un jovencito que quería confesarse y recibir la sagrada Comunión. Por el camino encontró unos compañeros que no eran buenos, los cuales le ofrecieron dulces y le invitaron a ir con ellos. Al principio el muchacho se escusó y no quiso gustar de los dulces para estar en ayunas y poder comulgar. Pero después para no sentar plaza de beato, cedió a la tentación y se dejó convencer por aquellos malos compañeros.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! poco después, excitados aquellos rapaces por las copas de licor bebidas, tramaron un altercado con otros compañeros de la misma relea, y en la reyerta nuestro joven cayó herido mortalmente. Llevado a una casa cercana, murió sin haber dado señal alguna de arrepentimiento. He aquí el desastre que ocasionó una ocasión no evitada.

4

Furiosa tentación se había desencadenado en el corazón de Santa Catalina de Siena. Y cuando des-

pués de la borrasca, se quejaba la santa: «¿Dónde estabas, Señor, cuando me veía rodeada de tantas tentaciones impuras?». Dios le contestó: «En medio de tu corazón, yo estaba complaciéndome en tu resistencia y sosteniéndote en el combate».

Porque sabe el Señor, dice San Pedro, sacar incólumes de la prueba a los piadosos», es decir, a los que confían en él.

5

Una novicia en una tentación, a la cual le parecía no poder resistir, dijo a Santa Teresita del Niño Jesús: «Esta vez ya no podré, es imposible». Pero ella le contestó: Pase usted sencillamente por debajo. Para las almas grandes está bien que vuelen por encima de los nubarrones cuando se desata la tempestad; mas nosotras no podemos sino soportar con paciencia los contratiempos. Aunque nos mojemos un poco, no importa; después nos secaremos al rayo del sol del amor divino. Tenemos que soportar las tentaciones con paciencia, resignación, y apoyar nuestras fuerzas en la gracia de Dios.

6

Cierto joven se presentó un día a San Felipe Neri quejándose de padecer continuas tentaciones. El santo le prescribió algunos remedios, pero se le presentó de nuevo algunos días más tarde, confesando que no había experimentado mejoría alguna.

– Bueno, le dijo entonces el Padre Felipe, ven mañana temprano; pasarás el día conmigo. –Al día siguiente, al presentarse el mozalbete, le dijo el santo: Llévame a tal sitio este montón de ladrillos, hasta el mediodía.

– Será usted obedecido, padre. Al mediodía, rojo como una amapola, pero satisfecho, se presentó el muchacho al Padre Felipe para decirle que había cumplido su cometido.

– Muy bien, contestóle el santo, terminada la comida devolverás esos mismos ladrillos al sitio de antes. Obedeció el muchacho, y al oscurecer se presentó cansado al Padre Felipe.

– Bien, le preguntó éste sonriendo, ¿has tenido hoy tentaciones? Padre, ni una siquiera; no me quedaba tiempo. –Procura, pues trabajar así todos los días. No hay duda que el trabajo, el estar ocupado en cosas buenas y fortificar la voluntad es un medio excelente para vencer toda tentación, especialmente las de impureza.

7

Un joven hizo ejercicios espirituales y salió de ellos decidido a mudar de vida y, para ello, evitar las malas ocasiones. Vuelto a la ciudad, se encontró con la «ocasión» peligrosa que le invitó a ir consigo, y le decía: – Pero chico, ¿ya no me haces caso? ¿No me conoces? Yo soy aquella... Si, respondió el otro, pero yo no soy aquel. Hay que ser decididos en la vida para evitar las ocasiones de pecado y rezar...

Juana Francisca Chantal, mujer de fe ardorosa, hubo de consolar a una religiosa que se quejaba de las tentaciones que sufría en cuanto a la fe.

La santa que tenía más de 61 años, le dijo: Hija mía, hace ya casi 41 años que las tentaciones (contra la fe) casi me aplastan. Suelen ser bastante corrientes las tentaciones contra la fe, pero para sostenerse en esta virtud es preciso que conozcamos a Jesucristo, que el el Dios hecho hombre, y a este fin leamos y meditemos el Evangelio y creéremos...

Creed en el Evangelio y predicadlo

Jesucristo al comenzar su vida pública empezó diciendo: «*Convertíos y creed en el Evangelio*» (Mc. 1,15). Esta expresión sintetiza su mensaje. Jesús predicaba el Evangelio del reino, que exigía arrepentimiento de los pecados y creer en la Buena Nueva de que Dios es Padre. Y al final de su vida, una vez resucitado y poco antes de subir al cielo dice a sus apóstoles: «*Id por el mundo entero y predicad el Evangelio*» y ¿a quiénes debían predicarlo? A todas las gentes sin distinción de clases.

San Vicente Ferrer, en su tiempo, por algunos abusos de predicadores que hablaban más de los poetas que de la Biblia, dice: Notemos que Jesucristo nos dice: «*Predicad el Evangelio*», y no dice que prediquemos a Ovidio, Virgilio y Homero, sino el Evangelio y toda la Sagrada Escritura es el Evangelio o figurativo o figurado y claro. Toda la Sagrada Escri-

tura por ser palabra de Dios viene del cielo y hace subir al cielo a la persona que lo predica o que lo practica, en cambio la doctrina de los poetas por salir del entendimiento humano, es doctrina terrena y no pude hacer subir al cielo.

Hemos de leer con frecuencia la Santa Biblia y meditar sus palabras porque ellas elevan y santifican nuestras almas, por cuanto «la Biblia es una carta de Dios omnipotente a sus criaturas»... Tengamos presente el dicho de San Agustín: «Cuando oramos, hablamos a Dios; pero cuando leemos las Sagradas Escrituras, Dios nos habla» (Serm. 112 de Temp.).

Textos bíblicos: *«Predicad el Evangelio a toda criatura, el que lo creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no lo creyere se condenará» (Mc. 16,16-16). «Todo cuanto está escrito (en la Biblia) para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza» (Rom. 15,4). «La Sagrada Escritura puede instruirte en orden a la salvación por la fe en Jesucristo. Pues toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, reprender, corregir e instruir en la justicia, a fin de que el hombre sea perfecto y apto para toda obra buena» (2 Tim. 3,16-17). «La Escritura no puede fallar» (Jn. 10,35).*

(La Biblia trata de Jesucristo. Así lo dice Él): «Investigad las Escrituras... pues ellas dan testimonio de mi» (Jn. 5,31). «Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profe-

tas y en los Salmos» £Lc. 24,44).

Los Santos Padres de la Iglesia alaban grandemente la Sagrada Escritura, y he aquí algunos de sus testimonios: «El mismo Espíritu Santo ha dictado la Sagrada Escritura; los profetas (los Evangelistas y los Apóstoles) no eran más que sus amanuenses, o bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribían». (S. Cipriano. Serm. de eleem.). «Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne» (S. Jerónimo. Epist.).

«Todas las enfermedades del alma tienen su remedio en la Sagrada Escritura» (S. Agustín Epist. 3 ad Volusian.). Una generación se va y otra generación viene, y así pasan los siglos sucediéndose unos a otros. La Escritura de Dios tenía que permanecer y como autógrafo de Dios, que puedan leer los transeuntes y mantenerse fieles en el camino de la promesa» (S. Agustín in Ps. 144,17).

La Sagrada Escritura es una farmacia abierta a todos, y propia para curar las almas; cada cual puede escoger en ella un remedio saludable y conveniente a su enfermedad» (S. Basilio Homil. in Ps. 1).

Leer las Divinas Escrituras, dice S. Crisóstomo, es abrirnos el cielo.

Todos debemos leer la Santa Biblia, empezando por el Nuevo Testamento. Si cada día leyéramos un capítulo siquiera, nos serviría de lectura espiritual y meditación, y si fuéramos constantes nos daríamos cuenta de cuanto nos dice el Señor para nues-

tro bien, y una vez leido el Nuevo Testamento, ya podríamos pasar al Antiguo, y conoceríamos mejor a Jesucristo, que es la figura central de la Biblia, y como dice San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

1

Ejemplos referentes a la Santa Biblia

La Biblia es una carta de Dios a los hombres. *San Antonio Abad* (m. 356), que vivía en el desierto de la Tebaida, recibió un día una carta escrita del emperador Constantino el Grande. Sus discípulos estaban maravillados, y así se lo declararon, de que el emperador le hubiese distinguido con una carta de su propio puño. Pero el Santo dijo: «Mucho más debiera maravillaros de que nuestro Señor, Rey de todos los reyes, nos hayan enviado a nosotros, una carta suya, es decir, las Sagradas Escrituras».

2

Enrique Heine, poeta alemán, judío, al final de su vida: «He vuelto a Dios, como el hijo pródigo. Debo mi iluminación sencillamente a la lectura de un libro. ¿De un libro? Sí, es un libro antiguo, modesto como la naturaleza, y también natural como ésta, un libro tan activo y sin pretensiones como el sol que nos calienta, como el pan que nos alimenta; un libro que nos parece benditamente bondadoso, y este libro se llama *el libro*: la Biblia.

3

Goethe, escritor alemán, y uno de los genios de la literatura universal, dijo: Por mi parte amo y apreció la Biblia; porque casi exclusivamente a ella debo mi formación moral; y los casos, las enseñanzas, los símbolos, las parábolas que hay en ella, todo se me ha grabado profundamente y ha tenido su eficacia de una manera o de otra.

4

A propósito del célebre Obispo *Bossuet*, dice Bros que no había más que mirar su Nuevo Testamento y su Biblia para convencerse del uso continuo que hacía de esos libros. Se sabía el texto casi de memoria. Leía especialmente el Nuevo Testamento «como forma de meditación». Veíasele en sus pequeños y largos viajes, en su habitación, en la casa y en otras partes con el Evangelio en la mano, y más a menudo cerrado que abierto, meditando profundamente las palabras que se le habían imprimido en la memoria. Era ésta su oración... Su ocupación principal era la lectura de la Santa Biblia...

5

Santa Teresita del Niño Jesús dijo: «Siempre que leo una obra en la que se estudia la perfección desde interminables puntos de vista, mi pobre entendimiento se fatiga. Entonces cierro inmediatametne el libro tan lleno de erudición, que me sirve de rompecabe-